

Esteban Fernández Hinojosa

¿QUÉ ES  
LA ENFERMEDAD?

NUEVA PERSPECTIVA HUMANÍSTICA

*Prólogo de*  
JAVIER GOMÁ



SENDEROS



Biblioteca de Conceptos  
Fundamentales

2

*Director:*

Juan Arana

© Esteban Fernández Hinojosa  
© Del prólogo: Javier Gomá  
© Editorial Senderos (2021)

ISBN: 978-84-122414-6-4  
DL: SE-1.556-2021

PRODUCCIÓN EDITORIAL: Los Papeles del Sitio  
DISEÑO DE CUBIERTA: Laura Anaya

EDITORIAL SENDEROS  
C/ Poeta Manuel Benítez Carrasco - Bloque 6 - Local 7  
41013-Sevilla (ESPAÑA)

[Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización]

A  
ESTHER QUERO, MI MUJER,  
Y A NUESTROS QUERIDOS HIJOS,  
ESTHER, ÁLVARO Y JUAN.



## ÍNDICE

<i>PRÓLOGO</i> , Javier Gomá . . . . .	11
<i>INTRODUCCIÓN</i> . . . . .	15
<i>PREFACIO</i> . . . . .	17
<i>CAPÍTULO I: BREVE INTRODUCCIÓN HISTÓRICA</i> . . . . .	23
1. Concepciones naturalistas . . . . .	24
1.1. Naturalismo clásico . . . . .	25
1.2. Naturalismo romántico . . . . .	28
2. Concepciones personalistas . . . . .	29
2.1. Personalismo clásico . . . . .	29
2.2. Personalismo romántico . . . . .	30
3. Ciencia, filosofía y biografía en la realidad mortal del hombre . . . . .	32
4. Definición para nuestro tiempo . . . . .	41
<i>CAPÍTULO II: ENFERMEDAD Y PENSAMIENTO</i> . . . . .	45
1. Influencia del estrés . . . . .	45
2. Carta a los romanos . . . . .	46
3. Dualidad mente-cuerpo . . . . .	50
4. El factor ambiente . . . . .	53
5. Planteamiento erróneo . . . . .	59
6. Moléculas de la emoción . . . . .	61
7. ¿Y las raíces de lo sagrado? . . . . .	75
8. La atención . . . . .	76
9. La conciencia . . . . .	82
10. Ciencia y conciencia . . . . .	86

<i>CAPÍTULO III: ENFERMEDAD Y LENGUAJE</i> . . . . .	95
1. Las palabras que nos habitan . . . . .	95
2. Y el verbo se hizo carne... . . . .	103
<i>CAPÍTULO IV: OTRAS RAZONES PARA ENFERMAR</i> . . . . .	107
1. Estructura general del mundo moderno . . . . .	107
2. Fundamento de la vida moral . . . . .	115
<i>CAPÍTULO V: ENFERMEDAD Y SOCIEDAD</i> . . . . .	121
1. Sociedad descontenta . . . . .	121
2. Biología de la pobreza . . . . .	125
3. Sociedad y Estado . . . . .	130
4. Crisis axiológica . . . . .	151
5. Delirio . . . . .	155
<i>CAPÍTULO VI: PSICOSOMA</i> . . . . .	161
1. Una teoría de las emociones . . . . .	161
2. Persona y <i>Eros</i> . . . . .	166
<i>CAPÍTULO VII: BALANCE Y PERSPECTIVA</i> . . . . .	183
1. La enfermedad contemporánea . . . . .	183
2. El médico que interpela al filósofo . . . . .	191
<i>EPÍLOGO</i> . . . . .	195
<i>BIBLIOGRAFÍA</i> . . . . .	199

## PRÓLOGO

***E**STE bello libro responde oportunamente a la pregunta que formula su título. Cuando uno lo lee, tiene la impresión, puede que no del todo exacta, de que la salud se dice allí de una única manera mientras que la enfermedad, en cambio, de muchas, una por cada individuo que la soporta, por lo que, en consecuencia, más que de enfermedad tendría uno la tentación de hablar de enfermedades en plural. Al poner nombre preciso a éstas, la taxonomía asimila a quienes las sufren porque los iguala entre sí con idénticos síntomas y tratamiento, pero, desde una perspectiva personal, ocurre lo contrario, pues dicho paciente experimenta que la enfermedad lo aparta de la sociedad y lo aboca a combatir su mal a solas, entregado a su suerte. Aunque atente contra algo tan íntimo a nosotros mismos como el cuerpo, la enfermedad sobreviene desde fuera de uno mismo, traicionando nuestros planes y voliciones, y nos constriñe a ser individualistas a nuestro pesar.*

*Y, con todo, el autor de este libro estudia las enfermedades no por sí mismas sino como ausencia de algo previo y unitario que atrae verdaderamente su atención de humanista: en sus propias palabras, «el ideal de una vida saludable». La salud es lo que en último término cuenta en este libro y la investigación que desarrolla por el rodeo de la enfermedad acaba siendo un ardid para abordar la meditación fundamental, por vía indirecta, de ese delicado y esquivo concepto.*

*Se entiende por salud, en una primera aproximación, el estado en el que el ser vivo ejerce normalmente sus funciones. Es, pues, un estado peculiar de lo vivo y, como tal, provisional, que se da temporalmente entre el nacimiento y la muerte. Durante ese tiempo, el individuo sano, que goza de buena salud, posee un organismo apto para ser un buen ejemplar de su especie, y la naturaleza premia esa condición fecunda irradiando sobre el viviente un bienestar físico, una sensación fisiológica placentera derivada del simple hecho de estar vivo y en disposición para el cumplimiento de sus funciones.*

*Como se observa, en el propio concepto de salud está contenido un principio de trascendencia. No vivimos para estar sanos, dice el autor de este libro, sino que estamos sanos para algo más. Ese algo trascendente, íntimo a la salud pero distinto, está en la satisfacción de aquella funcionalidad antes mencionada. La enfermedad, por el contrario, sería la interrupción sobrevenida del proceso vital que impide dolorosamente la realización de la normal trascendencia de la salud.*

*La nuestra, la especie humana, si la salud lo permite, está llamada a ser una vida humana, lo que significa una vida ética, de modo que la excelencia meramente biológica del individuo llegue a coronarse en un mejoramiento moral, esto es, que la vida saludable se traduzca en una vida moralmente buena. Y es en este punto en el que deseo introducir la intuición principal que me ha proporcionado la lectura de este sugerente libro.*

*Los moralistas suelen empezar sus razonamientos exponiendo las reglas éticas que deben regir nuestra conducta, reglas que, en un segundo momento, el de la ejecución, involucran a nuestro cuerpo y a veces comprometen su salud. Este libro me ha invitado a invertir la dirección acos-*

tumbrada del camino que baja de los valores de altura (la ética) a los de peso (la salud) y probar inversamente a subir desde lo segundo a lo primero a fin de pensar de otra manera la esencia de la ética. Así, empezar primero por el cuerpo, por lo que favorece la vida y el cumplimiento de sus fines orgánicos y, al trascender luego al reino de la moralidad, guiados por la brújula del placer y el bienestar que como se ha dicho antes rezuma lo sano, dar preferencia a aquellas éticas que son saludables, propicias al impulso vital, desechando, en cambio, aquellas otras que, en nombre de lo que sea, querrían aliarnos con lo enfermo, lo patológico, lo desviado y lo insano. «Toda moral sana está regida por un instinto de vida», escribió Nietzsche en El crepúsculo de los ídolos.

Una de las singularidades de la especie humana, explica Fernández Hinojosa, reside en ser el único animal para quien la salud y la enfermedad poseen un significado, pues para el resto no pasan de ser un accidente opaco de la naturaleza, como tantos otros. Luego nosotros segregamos aun sin querer una hermenéutica de lo sano y de lo insano con la que interpretamos lo que nos sucede y esa comprensión determina nuestra sentimentalidad y nuestra conducta. Hay interpretaciones saludables y otras enfermizas. El problema surge cuando en la cultura dominan estas últimas. Goethe, que fuera el campeón del primer romanticismo alemán por su novela Werther, en su ancianidad se desdijo de los presupuestos románticos, que asimilaba a lo enfermo, y propugnó una vuelta a lo sano-y-salvo del clasicismo: «A lo clásico voy a llamarlo lo sano y a lo romántico lo enfermo. La mayor parte de las nuevas creaciones no son románticas por nuevas, sino por débiles, endebles y enfermas, mientras que lo antiguo no es clásico por antiguo, sino por fuerte, fresco y sano» (J. P.

*Eckermann, Conversaciones con Goethe, 2 de abril de 1829). La ausencia, por motivos culturales, de una buena interpretación de lo que nos acaece cuando enfermamos ha dejado al enfermo de hoy literalmente sin palabras. Con razón se lee en este libro: «Muchos desgraciados carecen de palabras para evocar sus propios sufrimientos. [...] Se carece de expresiones verbales con las que articular el gruñir del ogro que habita dentro. [...] Además de identificar el dolor innombrable necesitamos un lenguaje con el que metaforizar el malestar».*

*Para remediar esta falta, Esteban Fernández Hinojosa ha echado mano de todas las fuentes disponibles. Como buen profesional médico, conoce sobre el terreno, clínicamente, los pormenores múltiples y variados de la enfermedad. Como buen científico, ha estudiado en los libros sus causas y las principales teorías que las explican. Como buen literato, usa con arte las palabras para suministrar al lector un lenguaje nuevo con el que dar significado a la salud y la enfermedad y, en su caso, acompañar en su pena al enfermo.*

*La conjunción de las tres habilidades de profesional, científico y literato en la misma persona compone la figura de un humanista de cuerpo entero, quien con este libro ha sabido cincelar para nosotros, los lectores, la imagen contemporánea de «una versión sana de lo humano».*

JAVIER GOMÁ

## INTRODUCCIÓN

ESTE libro no trata de abstrusas definiciones médicas. Hoy sabemos que no es posible definir la enfermedad al margen de nuestros valores y creencias, es decir, en términos científicos y axiológicamente neutros. La enfermedad no se puede concebir a partir de las propiedades biológicas; más bien son éstas su resultado final, asunto que meditamos en las páginas que siguen. La perspectiva naturalista (biologicista) no introduce esos valores subjetivos que interesan a todo el mundo, con los que el lector puede discernir a qué estados quiere optar y de cuáles protegerse. En realidad, la medicina actual, cuya ortodoxia profeso como heredero gozoso, tampoco tiene una caracterización bien establecida de los conceptos de salud y enfermedad; hoy es una cuestión abierta. Los filósofos de la medicina lo saben y han entablado un fecundo debate entre la perspectiva naturalista y la holística, que sí recoge los valores de la cultura. Pero es un debate cuya chispa no ha alcanzado aún los hospitales, ni tampoco ha calado en la literatura de las especialidades médicas. El concepto de enfermedad que aquí se insinúa conecta el ámbito de la cultura con el de las profundidades del ser humano. Sin revestirse de la estructura de una investigación académica, el presente ensayo revisa brevemente las concepciones históricas y la teoría contemporánea de la enfermedad y asimismo reflexiona sobre los vínculos que relacionan la enfermedad con la crisis axiológica que padece la civilización.

En el capítulo de agradecimientos, me es grato mencionar, en primer lugar, a Javier Gomá, a quien desde aquí expreso mi admiración y mi deuda por los generosos consejos que, como escritor excepcional, me ha ofrecido en estos años. A José Domingo Vilaplana, Francisco Rodríguez-Valls, David Cerdá y a Juan Jesús de Cózar, que con tanta benevolencia juzgaron el manuscrito. Y a los doctores Manuel Álvarez y José Manuel González Infante, que de muchas maneras motivaron mi esfuerzo. A todos los tengo presentes.

## PREFACIO

NO es extraño que no comprendamos bien aquello que nos ocurre en un tiempo confuso como el actual. Las democracias modernas expresan síntomas de enfermedad social, ya sea por las diversas adicciones, la degradación medioambiental y de la vida en la ciudad o por la galopante desigualdad económica. Y ahora se añade esa otra proliferación de enfermedades degenerativas como el cáncer o el Alzheimer relacionadas con tasas de longevidad jamás logradas, o las plagas de la soledad o el aburrimiento. No menos trascendente resulta la crisis de la educación, en la que se tiende a marginar el cultivo de la atención, condición necesaria para el aprendizaje, o el hábito de retrasar gratificaciones, instrumento de la libertad con el que se dilatan y renuevan los límites propios, o el antiguo ejercicio de la memoria, o de la paciencia..., recursos todos fundamentales en la forja de personalidades equilibradas y fuertes al servicio de los otros, y sin los cuales se estraga la sed de verdad que podría saciarse en las gestas de la vida cotidiana que, con frecuencia, acaban en desquiciadas huidas a ninguna parte. Ni siquiera puede hablarse de *malestar de la cultura*, como dice Freud, sino de una *cultura desencantada*, que se empeña en pisotear sus logros justo cuando toma el testigo de la sorprendente revolución tecnológica.

En tal singladura, sin concebir enfoques culturales inéditos y fecundos, inexcusable desde la pandemia de 2020, puede que se agote el *ethos* ciudadano y se relegue

al hombre y la mujer corrientes al papel de meros espectadores crédulos y postrados ante sus prejuicios. O que, investidos de una primitiva ingenuidad, entreguen su corporalidad a los experimentos que ensayan novedades biotecnológicas so promesa de eternidad, como postula la corriente transhumanista, heredera de un moderno materialismo que parece reducir lo humano a su biología sin reparar en fundamento metafísico alguno como elemento diferenciador. Urge plantear un modelo que, más allá de abundar en las pudriciones de nuestra condición, proteja la estructura de la subjetividad humana —desde su dimensión física a la ecológica, incluyendo la psíquica, social y espiritual— para que el valor no resida sólo en la utilidad de lo que se puede hacer, sino en lo que se puede llegar a ser. En ese modelo, una ética *de la excelencia* podría trascender el nivel de lo material y orientarse al ámbito de las actitudes, del autoconocimiento como primer deber metafísico y, sobre todo, de los afectos y vínculos que configuran la experiencia humana más saludable. Un modelo que ayude a identificar sociologías y psicologías confusas, a recuperar la vigencia, tanto en arte como en literatura o filosofía, de lo clásico, sin renunciar a una mirada renovada capaz de sintonizar los claroscuros de nuestro tiempo y desempolvar multitud de aspectos de la realidad humana.

El presente ensayo pretende tejer un hilo de Ariadna que explore la posibilidad de una versión sana de lo humano en convivencia con las dificultades de la estructura general del mundo, y aspira al ideal de una vida saludable que concilie el mundo con las limitaciones de nuestra frágil constitución. Y sin olvidar la modestia socrática, pues no somos sabios, sino, como todos, meros intérpretes de la realidad. O sea, conscientes de la difícil tarea de arti-

cular la realidad humana y sus infinitos matices, aspiramos a un cierto y fecundo acercamiento.

El centauro Quirón, una figura mítica de la Antigüedad, puede allanar la comprensión de este propósito. Un dios inmortal que vivía en la Tierra, maestro de héroes como Ulises o Aquiles, que a diferencia de los de su estirpe —seres salvajes y esclavos de su naturaleza animal— fue un personaje sabio que expresó su condición a mitad de camino entre lo humano y divino, dominó los conocimientos de su tiempo y alcanzó un manejo diestro de las armas y herramientas. Fue herido accidentalmente con una flecha venenosa lanzada por su amigo Hércules. La herida, mortal para un humano, lo condenaba sin consuelo a un dolor eterno, pero los dioses aceptaron su súplica y logró ceder su inmortalidad a Prometeo. Cuenta el mito que, en lugar de lamentarse y dirigir su rabia contra el mundo, descubrió en su drama la naturaleza profunda del sufrimiento humano, y acabó convirtiéndose en un sanador tan solícito que su nombre perduró más allá de la corrosión del tiempo. Así, los hombres lo ligaron para siempre a la medicina y los dioses a una constelación del firmamento. Con su actitud no sólo ayudó a los que acudían a él, sino que redimió el dolor de su herida con el gozo de aliviar a otros desesperados.

Esta metáfora de la vida, la herida sin cura, enseña sobre lo inconsolable de la experiencia humana, sobre la necesidad de reconocer que toda tragedia vital, aun siendo universal, necesita encontrar caminos individuales de superación. Representa lo divino en lo humano y susurra desde la conciencia que también los otros son necesitados. El *sanador herido* comprende a través de su sufrimiento el sufrimiento ajeno. Ese símbolo entre los extremos animal y divino integra lo espiritual y lo ins-

tintivo, una paradoja que estructura nuestra naturaleza; es la sabiduría que se alcanza no ya desde la construcción intelectual, sino desde la integración y superación de las facetas primitivas que arrastra nuestra especie. La obra de Víctor Frankl —una reflexión de sus vivencias como prisionero en los campos de concentración nazis— ofrece testimonio de la posibilidad de rescatar el sentido a través de la actitud que se elige ante el sufrimiento:

Tenemos que aprender por nosotros mismos y, después, enseñar a los desesperados que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino si la vida espera algo de nosotros (Frankl, 1998: 97).

Desde una antiquísima y, al mismo tiempo, renovada visión de la medicina, las reflexiones del presente ensayo ofrecen al lector un viaje interior de acercamiento a lo más saludable de la vida, no sin antes otear la herida que sangra en lo profundo, para poder ventilarla en la sala de observación de la conciencia y componer alguna armonía entre las voces de los instintos, los deseos y los más nobles anhelos. Ese acercamiento puede dar sentido a la experiencia personal y ser la clave de bóveda en la que se soporta el despliegue de una vocación inédita.

Como toda orientación ideal, también ésta exhorta a elevar la vida a través de la red de vínculos personales que la sustentan. Pero en esta andadura no se moraliza ni se catequiza; la única verdad contenida en las presentes páginas es la de situar al lector frente a una posibilidad, la de definir su propia verdad. La singularidad que cada uno atesora puede fraguarse en la cepa del conocimiento de sí mismo, un camino cuyo alumbrado comienza cuando la mirada se posa en desatinos propios dentro de la co-

munidad que da cobijo. Las heridas pueden drenar su veneno. En la catarsis se abrigan esperanzas y se aprende a vivir con gozo para encarar el reguero de nihilismo que resuena en los estertores de cualquier época agotada; pero es un gozo que no olvida que la experiencia es dura, que vivir es asumir nuestra mortalidad y que mientras se recorre el camino no queda otra que sorber a veces en el cáliz ácido de la vida.

Estos ensayos se dirigen a cualquiera interesado en el mundo vital. Algunos de los textos están salpicados de anécdotas con personas en situaciones extremas. Se invita al lector culto, ni mucho menos especializado, a reconocer el *haber* y el *debe* de las profundidades humanas, a bucear en los laberintos marinos para mirar de frente a la medusa, convertirla en criatura inane y emerger de los fondos con algún tesoro que compartir, quizá el jardín secreto que poetas y filósofos llamaron *alma*. Nos servimos de un estilo más literario que técnico y, aunque reforzado con algunas referencias científicas, no renunciamos a cierta emoción poética. Deseamos que estos párrafos no se revistan de la estructura y seriedad de una investigación académica, sino de la de un ensayo breve, vivencial y, a la vez, profundo en su tesis.

Si bien no somos esclavos del pasado, éste deja con frecuencia improntas que pueden hacer de bestia inmundada y secuestrar fatalmente el destino. Integrar todas esas facetas de lo humano es condición necesaria para la vida *saludable*, cuyo significado se emancipa de la tiranía del materialismo de lo orgánico que ha representado el sentido moderno del vocablo *salud*. La idea de lo *saludable* se ha decantado a lo largo de años de ejercicio de la medicina; algo que le ofrece al autor una cierta visión de conjunto con la que poder decir alguna palabra sobre la com-

plejidad de las realidades humanas. El recorrido de estas páginas pivota sobre varios dilemas: qué es la enfermedad y su relación con la medicina, el viejo problema mente-cuerpo, la emoción y el cerebro, el lenguaje y la ciencia y, sobre todo, el de la sociedad y el mundo vital. Cada conjunto trata de dar testimonio de la unidad que conforma al ser humano sano, al tiempo que —como hiciera Ariadna con su príncipe— susurra al lector para que no se extravíe en el laberinto.

Destilar las ideas que aparecen en estas páginas no sólo ha necesitado del silencio del cuarto de estudio, también del pulimento social, de confrontar los dramas del tiempo, viviendo y padeciendo los dilemas esenciales que todo el mundo experimenta en el hogar, el trabajo y la calle. El texto representa la voluntad del autor —a imitación del ejemplar centauro— de redimir su propia indignancia con el anhelo de entretener y compartir cierta seducción por el arte de vivir, eso que el sabio Montaigne llamó «la más ardua de las ciencias». Así que, amigo lector, sólo me queda desearte toda clase de suertes.